



GUARDIANES
DE LOS SUEÑOS

Este libro pertenece a

Otros libros de Tom Percival

Guardianes de los Sueños

Sarah y la endiablada Duda

TOM PERCIVAL

Misión: ¡vencer al monstruo de la ira!

Erika
y la
Pesadilla
de Ira



Una fabulosa aventura de los

GUARDIANES
DE LOS **SUEÑOS**

Publicado originalmente como *Attack of the Heebie Jeebies* en 2020
por Macmillan Children's Books

Esta edición de *Erika and the Angermare* se publicó en 2021
por Macmillan Children's Books, un sello de Pan Macmillan

Texto e ilustraciones © Tom Percival, 2020

De esta edición © Andana Editorial

Av. Aureli Guaita Martorell, 18. 46220 Picassent (Valencia)
www.andana.net / andana@andana.net

Traducción: Antonio Díaz Pérez

Revisión: Leticia Oyola

Queda prohibida la reproducción y transmisión, total
o parcial, de este libro bajo cualquier forma o medio,
electrónico o mecánico, sin el permiso de los titulares del
copyright y de la empresa editora. Todos los derechos
reservados.

ISBN: 978-84-18762-57-4

Depósito legal: V-2648-2022

Impreso en la UE



Andana
editorial

*Este libro está dedicado
a Sachin y a Krishna:
¡seguid siendo así de increíbles!*

CAPÍTULO 1

Erika Delgano estaba de MAL humor. Alguien le había ARRANCADO A MORDISCOS los dedos a su muñeco favorito. Alguien le había derramado zumo de grosella negra POR TODA su mejor camiseta. Y alguien había estado llorando durante toda la obra de teatro del colegio, lo que había hecho que se OLVIDARA de su papel. Y ese alguien no era cualquier persona



Vivía en su casa, había embrujado a sus padres y no había forma de librarse de su presencia. Ese alguien era su hermano, Randall.



Es cierto que Randall solo tenía poco más de un año y que probablemente no quisiera molestarla, pero aun así... Cada día que pasaba, Erika se enfadaba más y más, ¡y hasta le preocupaba que pudiera **EXPLOTAR!** Aunque, al parecer, nadie había explotado de rabia literalmente,

Erika estaba segura de que sería la primera persona a la que le sucedería.

Ahora, para colmo, estaba atrapada arriba otra vez con la estupidez esa de RELAJARSE UN RATO mientras todos los demás estaban abajo, jugando a las familias felices. Erika recorrió su dormitorio a pisotones. Cuando se hartó, le dio una patada a la pata de la cama. CON FUERZA. Se hizo daño en daño en el pie, y eso provocó que se enfadara aún más. Así que cogió una pelota de goma y la lanzó contra la pared.

¡ZAS!

¡Ahí va! Eso la hizo sentir mejor (durante unos 0,3 segundos), hasta que la pelota rebotó y le dio en la nariz.



Erika quería llorar. Randall le había estropeado un dibujo por completo. Incluso había garabateado en él. Pero ¿lo habían castigado? ¿Lo habían mandado a su cuarto para que se fuera a RELAJARSE UN RATO? ¡No, no lo habían hecho!

Bien es verdad que no le había dedicado mucho tiempo al dibujo y que lo había dejado en el suelo, pero aun así... ¡era MUY injusto! O eso al menos es lo que le parecía a Erika, que se estaba olvidando de un detalle bastante importante.

Cuando Erika había visto el dibujo estropeado, había entrado corriendo y le había dicho a gritos a Randall que era una pequeña bestia asquerosa, lo que le había hecho llorar. Y ese era el problema de Erika: cuando perdía los estribos, los

perdía **DE VERDAD**. Y así le iba... Estaba arriba, en su habitación, con el pie magullado, la nariz dolorida y una desagradable sensación en la barriga. Si no se hubiera enfadado tanto, se habría dado cuenta de que se sentía un poco mal por haberle gritado a Randall, pero seguía enfadada.

Al cabo de un rato, Erika escuchó que su madre llevaba a Randall a la cama. Esperó un par de minutos y bajó de puntillas. Se imaginó que tendría a su padre para ella sola; tal vez jugarían un partido de fútbol en el jardín, como solían hacer... antes de Randall.

Erika se encontró a su padre en la cocina. Estaba profundamente dormido sobre la mesa, con la mejilla apoyada sobre

un sándwich a medio comer y la mano agarrada a una taza de té frío. Babeaba.

Erika se estremeció: los padres podían ser realmente desagradables a veces.

—¿Papá? —le susurró.

No hubo respuesta.

—Papá —repitió Erika, más fuerte.

Siguió sin haber respuesta.

—¿Quééé? —gritó el padre de Erika a la vez que se levantaba de golpe y se vertía el té frío en la camisa.



—Ah, estás despierto —dijo Erika con aire inocente.

—Debo de haberme quedado frito

—murmuró el padre de Erika mientras se frotaba la cara y se quitaba una rodaja de pepino de la mejilla. Fue a metérsela en la boca, pero se detuvo al ver el gesto de Erika—. Es que estoy agotado...

—¿De verdad? —le cortó Erika al instante. No hay nada peor que oír a los padres hablar de lo cansados que están, como hacían los suyos. **EN... TODO... MOMENTO...** O por lo menos él lo estaba haciendo ahora...

—Bueno —continuó Erika—, ¿te apetece dar unas patadas en el jardín?

—Me encantaría... —respondió su padre mientras se quitaba un pegote de



mostaza
de la barba—
pero será mejor
que haga la colada.

Erika se sintió descorazonada; su padre
antes siempre quería jugar al fútbol.

—Bueno, ¿y después de eso?

El padre de Erika echó un vistazo
al reloj.

—Pues no lo sé... —le respondió—. Se está
haciendo tarde y Randall se ha despertado
mucho por la noche estos días.

—Hum —masculló
Erika, que solía
dar siempre
esa respuesta
cuando sus padres
hablaban de Randall.

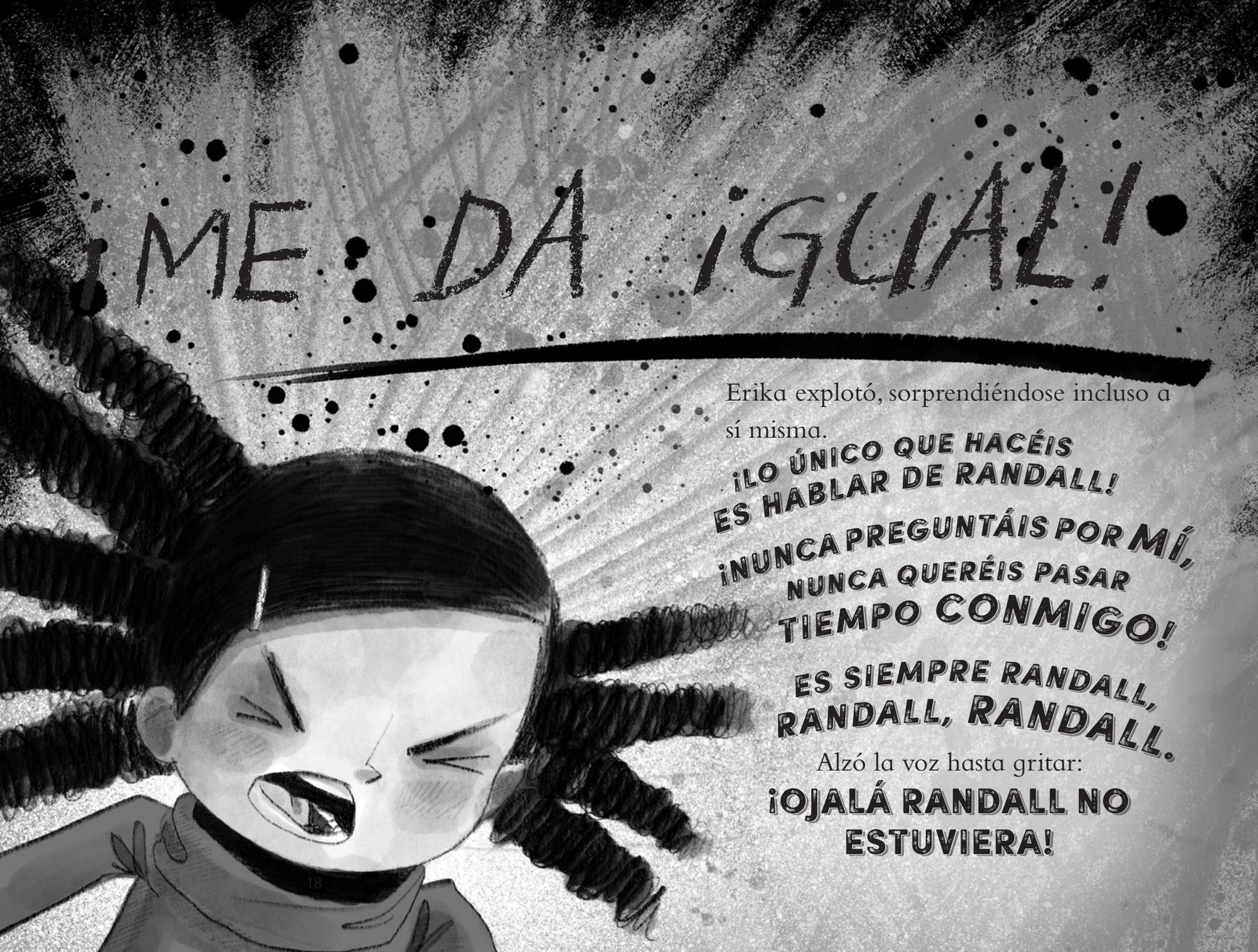
—Tiene unos gases tremendos
—añadió su padre.

—Hum —murmuró Erika.

—Claro está que puede ser
intolerancia a la lactosa...

—Hum —refunfuñó Erika.

—Eso o...



¡ME DA IGUAL!

Erika explotó, sorprendiéndose incluso a sí misma.

**¡LO ÚNICO QUE HACÉIS
ES HABLAR DE RANDALL!
¡NUNCA PREGUNTÁIS POR MÍ,
NUNCA QUERÉIS PASAR
TIEMPO CONMIGO!**

**ES SIEMPRE RANDALL,
RANDALL, RANDALL.**

Alzó la voz hasta gritar:

**¡OJALÁ RANDALL NO
ESTUVIERA!**

Durante unos segundos, ella y su padre se quedaron mirándose en la silenciosa cocina. Se oyó un fuerte grito en el piso de arriba y la madre de Erika gritó:

—¡Genial! ¡Has despertado a Randall! Perfecto. Muchísimas gracias.

Lágrimas calientes brotaron de los ojos de Erika.

—Erika... —comenzó a hablar su padre—. Lo siento. Mira, podemos hablar sobre...

Pero Erika se había marchado. Había empujado a su padre y subía las escaleras a toda velocidad. Sus pies iban al ritmo de sus pensamientos.

NO ES JUSTO.

NO ES JUSTO.

NO ES JUSTO.

Erika irrumpió en su habitación y cerró la puerta con un golpe que hizo temblar las paredes. Se tiró en la cama con los hombros agitados por un sollozo iracundo.

Al final...

... se quedó dormida.



CAPÍTULO 2

Mientras Erika dormía, la ira hervía en su interior y transformaba sus sueños en algo **FRÍO** y **OSCURO**: en una pesadilla.

Erika soñó que estaba otra vez en la cocina con su familia. Sus padres seguían preocupándose por Randall, igual que en la vida real.

—*Siempre están así, ¿verdad?* —susurró una voz invisible. Erika miró a su alrededor, pero no había nadie.

—*Siempre se ponen de su lado, ¿a que sí?* —musitó la voz.

Erika asintió entre lágrimas.

—*¿Y cómo te hace sentir?* —preguntó la voz.

—Enfadada —murmuró Erika.

—*Claro* —la consoló la voz—. *Te entiendo... Entonces, ríndete a tu ira, haz de ella tu fuerza.*

Erika sintió que la recorría por dentro una oleada de calor. La voz tenía razón. Sus padres siempre se ponían de parte de Randall, ¡y eso no era justo! ¡Se iban a enterar! Erika notó que el calor aumentaba y empezó a rendirse a la ira...

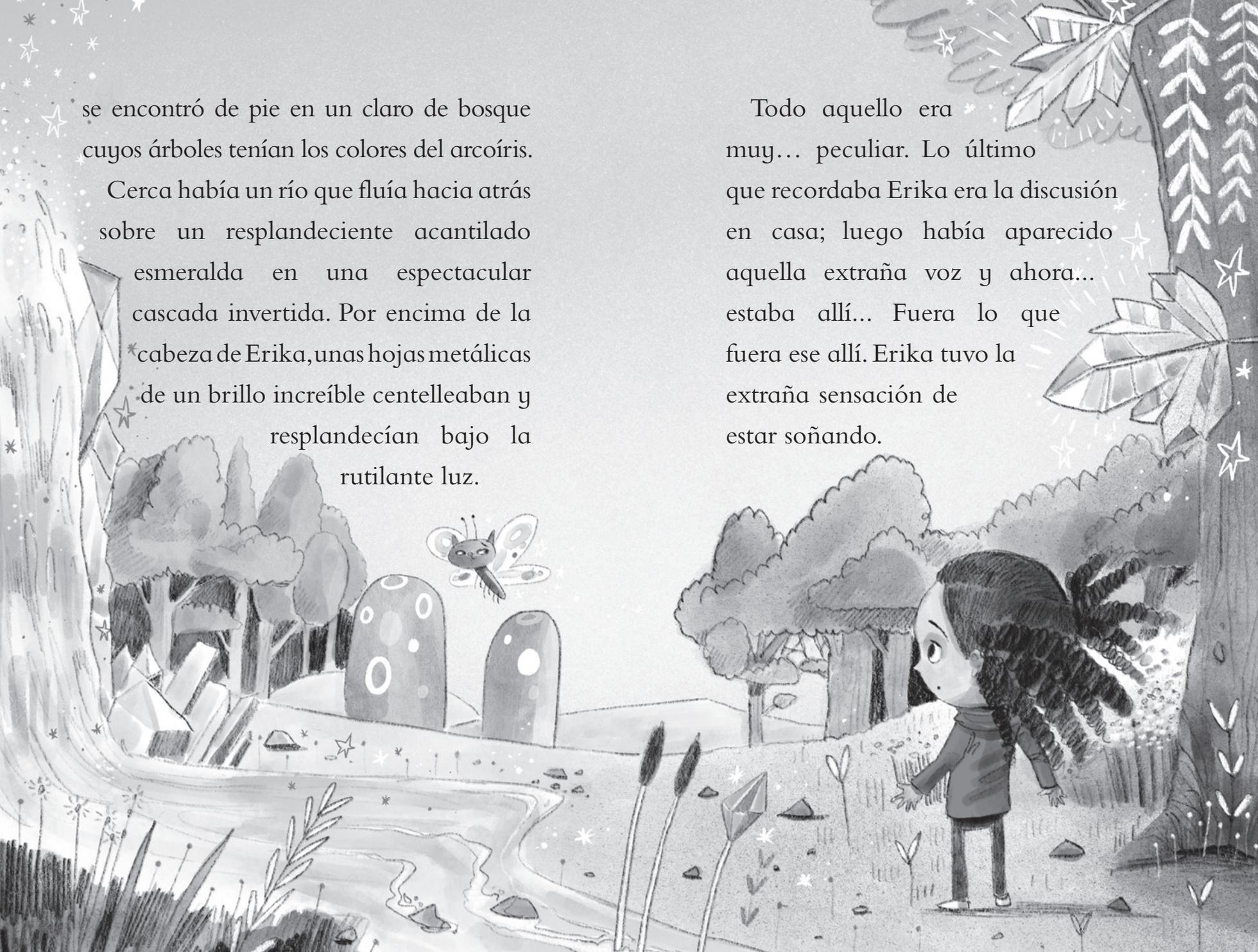
Entonces, una fuerte vibración resquebrajó el suelo y Erika sintió unas extrañas ganas de reír.

¡Nooooooo! —rugió la voz que tenía en la cabeza, antes de desvanecerse. La escena de la cocina desapareció y Erika

se encontró de pie en un claro de bosque cuyos árboles tenían los colores del arcoíris.

Cerca había un río que fluía hacia atrás sobre un resplandeciente acantilado esmeralda en una espectacular cascada invertida. Por encima de la cabeza de Erika, unas hojas metálicas de un brillo increíble centelleaban y resplandecían bajo la rutilante luz.

Todo aquello era muy... peculiar. Lo último que recordaba Erika era la discusión en casa; luego había aparecido aquella extraña voz y ahora... estaba allí... Fuera lo que fuera ese allí. Erika tuvo la extraña sensación de estar soñando.



Pasó un pez que montaba en un viejo
biciclo y llevaba un abrigo negro y un
gran sombrero de copa. Asintió con un
gesto cortés y le dio los buenos días a Erika.

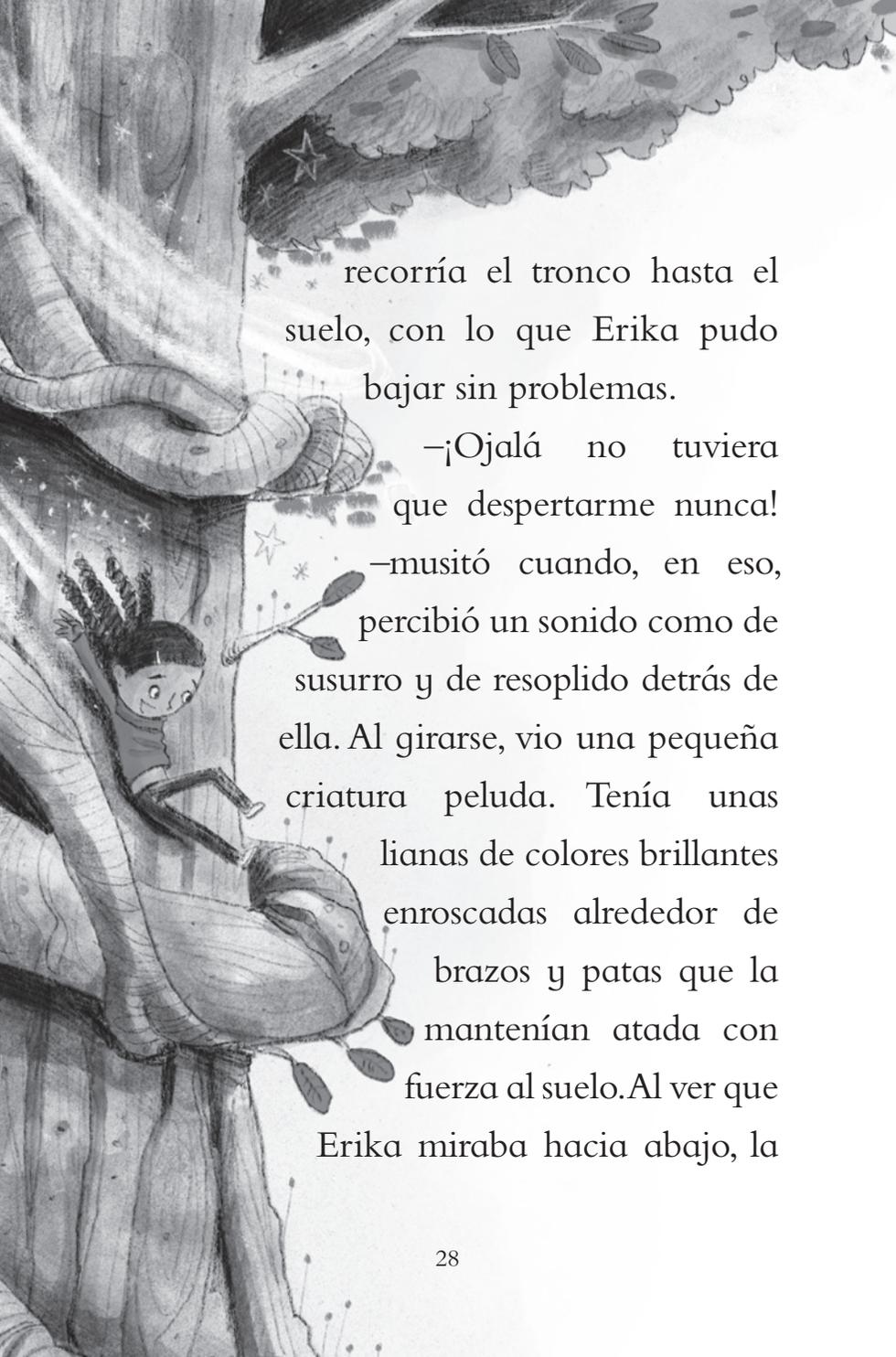


Erika se quedó mirando al pez. ¿Desde
cuándo podían los peces hablar o montar
en bicicleta? Y eso por no mencionar que
llevaba ropa y que estaba fuera del agua.

Mientras el pez se alejaba pedaleando,
a Erika le quedó claro que, sin lugar a
dudas, estaba soñando.

Erika desplazó su peso de un pie a otro.
Notaba que el suelo era ligero y elástico.
Cuando dio unos saltitos para probar,
descubrió que rebotaba varios metros en el
aire. Sonrió, y, tras dar un salto más grande,
se vio catapultada al otro lado del claro
de bosque. Aterrizó en una de las ramas
más altas de un árbol semitransparente y
empezó a reírse sin parar. Por un momento
se quedó allí sentada, maravillada por
aquel mundo increíble que se extendía en
todas direcciones.

Justo cuando se preguntaba cómo
bajar, las ramas del árbol se unieron entre
sí para formar un tobogán en espiral que



recorría el tronco hasta el suelo, con lo que Erika pudo bajar sin problemas.

—¡Ojalá no tuviera que despertarme nunca!

—musitó cuando, en eso, percibió un sonido como de susurro y de resoplido detrás de ella. Al girarse, vio una pequeña criatura peluda. Tenía unas lianas de colores brillantes enroscadas alrededor de brazos y patas que la mantenían atada con fuerza al suelo. Al ver que Erika miraba hacia abajo, la

criatura se puso a chillar. Tenía el tamaño de un conejo grande, o de un perro pequeño, o de un ratón muy grande, cubierto de un suave pelaje. Dos orejitas le asomaban por la parte de arriba de la cabeza, y por detrás tenía una cola que se movía. Tenía unas patas rechonchas, unos brazos cortos y su ancha boca estaba repleta de dientes.

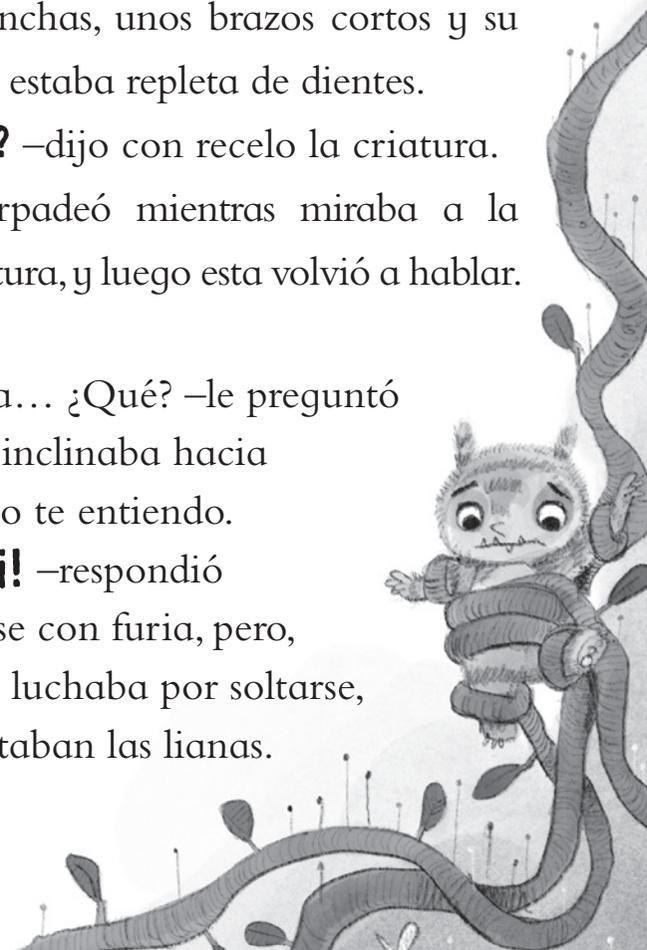
—**¡Cangui!** —dijo con recelo la criatura.

Erika parpadeó mientras miraba a la curiosa criatura, y luego esta volvió a hablar.

—**¡Cangui!**

— Perdon... ¿Qué? —le preguntó mientras se inclinaba hacia delante—. No te entiendo.

—**¡Cangui!** —respondió retorciéndose con furia, pero, cuanto más luchaba por soltarse, más le apretaban las lianas.



—¡Ah! ¿No te puedes mover? —Erika se agachó y desató las lianas. Intentó ayudar a la criatura a levantarse, pero esta chilló tan fuerte que Erika se asustó y la derribó sin querer. Como respuesta, esta le dio un buen mordisco a Erika en el brazo.

—**¡AAAU!**—chilló Erika—. ¡Pequeña **BESTIA** asquerosa! Erika bajó la vista y observó la mordedura del brazo. Había una extraña luz alrededor de los bordes de la herida, pero esta se curó casi al instante y el brillo se desvaneció. Curiosamente, ya no le dolía el brazo, pero Erika seguía muy enfadada.

—¿Por qué me has hecho eso?—murmuró Erika—. Solo estaba intentando ayudarte, ¡y ME HAS MORDIDO!

—**Canguí...**—dijo tranquilamente la criatura.
—Bah, me da igual... —refunfuñó Erika—. ¡Déjame en paz y punto!

La criatura la miró fijamente con la boca temblorosa y con unos grandes ojos redondos en los que brillaban unas lágrimas a punto de derramarse.

—¡Vale! ¡Me voy! —Erika se dio la vuelta y se alejó a paso ligero. No había llegado muy lejos cuando sintió que algo la apretaba por el estómago y tiraba de ella hacia atrás. Miró hacia abajo y se palpó el vientre, pero allí no había nada. Caminó con más insistencia y logró cubrir un pequeño trecho, pero le costó mucho tiempo.

Un fuerte y quejumbroso

«**¡Canguí canguí!**»

sonó detrás de ella, y la criatura rompió a llorar. Cuando Erika se giró, vio que a la criatura la arrastraban por el suelo y que agitaba los brazos y las patas en el aire. Erika se detuvo; la criatura se detuvo. Era como si los atara una cuerda invisible. Los dos estaban conectados de algún modo. –¡Maravilloso! –gruñó Erika.

La desdichada criatura se tumbó en el suelo con un moco morado muy largo colgándole de la nariz. Aquello era exactamente el tipo de cosas que hacía Randall, excepto que sus mocos no eran morados. Pensar en su hermano le dio una idea a Erika: siempre que Randall se enfadaba, solía tener que ver con comer o dormir. Miró a su alrededor para buscarle a la criatura algo que comer y vio que

cerca había un árbol del que crecían latas de piña en conserva.

–De acuerdo. Te traeré algo de comer, pero tienes que venir conmigo –le dijo a la vez que le ponía una mano en el brazo–.Y, por favor, deja de llorar.

La criatura se sorbió los mocos y se limpió la nariz con el dorso del brazo de una forma ruidosa y desagradable, pero al menos había dejado de quejarse.

–Bien..., ¿tienes algún nombre? –preguntó Erika.

–**Cangui** –susurró la criatura en voz muy baja.

–¿Te llamas **Cangui**?

La criatura hizo un fuerte movimiento de negación con la cabeza y apareció en el aire un bocadillo como los de los

cómics. Dentro había imágenes. Un ojo como de dibujo animado flotaba junto a una boca que se movía arriba y abajo y de la que salían más imágenes.

—¡Genial! —dijo Erika entre risas—. Pero... ¿qué significa?

La criatura fulminó a Erika con la mirada. Volvió a aparecer el bocadillo, pero esta vez solo tenía la boca y las imágenes. Cuanto más lo miraba Erika, más le parecía que la boca estuviera hablando.

—Imágenes que hablan... —dijo Erika despacio—. ¿Es que hablas a través de imágenes?

—**Cangui** —respondió la criatura, esta vez mucho más feliz, y en el bocadillo apareció una cabeza que asentía.

—¿Cómo te llamas, entonces? —le

preguntó Erika con una sonrisa a la curiosa criaturita.

Entonces apareció un bocadillo repleto de garabatos y dibujos indescifrables.

—Vaaaaaale... —dijo Erika mientras asentía—. ¿Qué tal si te llamo **Bestezuela**? —le preguntó mientras lo miraba más de cerca—. Es que pareces una **bestezuela**.

Aunque la criatura se encogió de hombros, no pareció que le desagradara.

—De acuerdo, **Bestezuela** —dijo Erika—. ¿Y cómo es que estás solo? ¿No tienes amigos?

—**Cangui...** —respondió Bestezuela con tristeza mientras mostraba una imagen de





un montón de criaturas como él que se alejaban y lo dejaban atrapado en las lianas.

—¿Te abandonaron a tu suerte? —le preguntó Erika.

Bestezuela asintió, y los ojos se le pusieron más grandes y brillantes.

—Lo siento... —le dijo Erika mientras lo guiaba hacia el árbol de latas de piña—. ¿Te apetece comer algo? —Erika bajó una lata y, cuando estaba a punto de abrirla, se dio cuenta de que Bestezuela se había puesto a masticar una gran roca a toda velocidad. En un abrir y cerrar de ojos, la piedra

desapareció y Bestezuela empezó a comerse una rama caída, que devoró en segundos.

Erika lo observó con asombro. Mientras Bestezuela comía, un extraño brillo le salía de la boca. Una vez que hubo comido todo lo que pudo (una cantidad sorprendente para una criatura tan pequeña), bostezó y se tumbó para dormirse tras eructar unas brillantes burbujas.

Erika se rascó la cabeza. Si se movía mientras Bestezuela dormía, lo despertaría y podría volver a quejarse, ¡cosa que quería evitar a toda costa! Si al menos tuviese una manera de llevarlo consigo...

Con un suave
¡fiiiiiiiiuu!
apareció de la nada una mochila. Erika la observó con suspicacia.

¿De dónde diantres había salido? Tenía un montón de orificios de ventilación en la tela y parecía perfecta para llevar a Bestezuela. Encantada, recogió a la criatura dormida, la metió en la mochila y se dispuso a explorar.

Al poco, Erika se topó con un claro en el que unas preciosas formaciones de cristal flotaban en el aire emitiendo tenues y tintineantes melodías, mientras las plantas y las flores palpitaban y brillaban al compás de la música.

–Increíble... –susurró en voz muy baja.

Mientras caminaba, Erika se dio cuenta de que a algunos árboles les faltaban todas las hojas y muchas ramas. En algunos casos, del suelo solo sobresalía un tocón mordisqueado. Se parecía al desastre que

había montado Bestezuela al comer. Había lugares en los que también se había engullido un gran trozo de suelo y en los que solo quedaba un vacío gris: la nada. Erika cogió un palo y lo lanzó hacia la zona gris más cercana, pero el palo se desvaneció en cuanto entró en contacto con ella.

Algo en esos vacíos hacía que Erika se sintiera incómoda, y, a medida que avanzaba, vio que había más. Observó que, junto a una enorme extensión gris, había una estructura muy poco llamativa: un viejo y maltrecho cobertizo de jardín con las paredes de madera y un desvencijado techo de fieltro. Tenía un aspecto muy corriente, lo que hacía que pareciera estar fuera de lugar.

Erika frunció el ceño. Tras rodear un par de veces la construcción para ver si era

segura, abrió la puerta con cautela y entró. Vio una gran cantidad de viejas macetas, una tumbona maltrecha y unas cuantas herramientas de jardín desperdigadas. También vio un par de ojos que la observaban desde la penumbra. Bueno, en realidad dos pares de ojos: un par de pares de ojos. Erika logró distinguir a un ser de aspecto pesado y rechoncho, hecho por completo de trozos de piedra, y a un chico que, aunque parecía ser de su propio tamaño, era diferente de ella en todo lo demás. En lugar de ser sólido, estaba formado por sombras que se movían y que se hacían más y más tenues a medida que ella lo miraba. No lograba verle los pies.

A Erika le retumbó el corazón en el pecho cuando el chico hecho de sombras se volvió hacia su compañero.

—Creo que puede vernos —susurró este.

—¡Tonterías! —exclamó el hombre de piedra mientras acercaba un pequeño aparato electrónico a la cara del chico—. Mira: todas las lecturas son correctas.

—Sí... —dijo el chico lentamente y apartando la pantalla—, pero, de todos modos, creo que puede vernos.

—Claro que no puede —respondió el hombre de piedra—. No es más que una humana.

—Eso ya lo sé —dijo el chico—. Aun así...

—¿Y qué es lo que te hace pensar eso?

—preguntó irritado el hombre de piedra.

—Pues... que nos está señalando. Eso y que está haciendo una especie de sonido de jadeo.

